



LA HOJA de PARRA

EDICIÓN ESPAÑOLA
Méndez Alvaro, 2, 1.º • Apartado 547.
Horas: de nueve mañana á una tarde



CARAS BONITAS

SUMARIO

- CÉSAR JALÓN
Sección vermouth.
- ANGEL G. LUGEA
¡No es para tanto!
- LUIS E. DE ALDECOA
Juicio de faltas.
- ANTONIO P. MICHELENA
Literatura modernista.
- LUIS SANZ FERRER
Cantares baturros.
- SALOMÓN F. REINACH
Prudencio Iglesias Hermida, dibujante.— Prudencio Iglesias Hermida, crítico.
- A. RODRÍGUEZ DE LEÓN
Ecos sonoros.
- BONIFACIO
En los nudillos.
- SALVADOR VALVERDE
Las celosías.
- LUIS ESTESO
Chascarrillos y epigramas.
- FIDEL PRADO
Del vivir mundano.
- EZEQUIEL ENDÉRIZ
Emeres.
- MATEOS, NAO, TINO, RINCON y PRUDENCIO IGLESIAS HERMIDA
Varios dibujos y retrato de Elvira Ferrero.



ELVIRA FERRERO

Aplaudida cancionista que actúa con gran éxito en el Teatro Romea.

Biblioteca Regional de Madrid

5 céntimos

SECCION VERMOUTH

La «Sierra Morena» de las «varietés»

No sé si se titula «El Charrán y Flora la Valdajo» ó «El Charrán y la Valdajo», sin más «adornos» ni apelativos. El título es, en todo caso, lo de menos.

Se trata de un cuento escrito hace mucho tiempo en «El Libro Popular» por la pluma casi egregia de Eugenio Noel más conocido por el «tribuno de barraca», primero de su clase en España que puso precio á su palabra—un precio bastante módico, eso sí—, en

cines y barracones sin localidades numeradas.

El populachero antiflamenguista, haciendo gala de su gracia inimitable y de su inimitable ironía, censura en el cuento de referencia el legendario bandolerismo español, escuela del flamenquismo, que hace del bandido una primera figura, casi de tanto relieve como la del torero.

Noel ridiculiza el entusiasmo de las masas por el bandolero de Sierra Morena ó de otra cualquiera sierra, que, á su juicio, no pasa de ser un héroe de valor muy relativo y siempre inferior al que le atribuye la multitud.

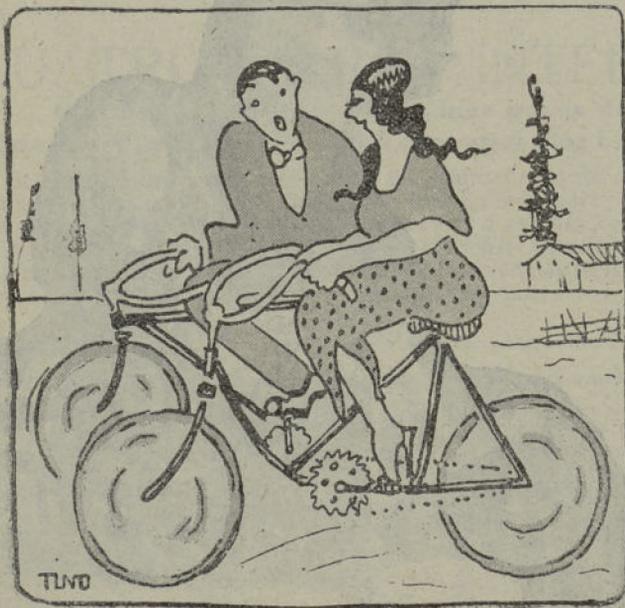
Sobrado anda Noel de léxico y de enjundia para poder ser mi maestro; mas ello no impide que, por una vez, me pronuncie en contra de su teoría.

Acepto desde luego que el bandido español resulte una triste figura de guardarropia si se le compara con su homónimo en el Extranjero, porque descontado que todo producto extranjero es superior al nacional, dicho se está que también han de ser «mejores» los bandidos de fuera que los de casa.

Pero es fuerza reconocer que, de fronteras adentro, el bandido de Sierra Morena es un bandido bastante decoroso al lado de los demás bandidos que noblamos la Península Ibérica.

Cualquier bandolero

LOS QUE MONTAN BIEN



—¿Ves cómo es muy fácil? Ya montas casi igual que yo.

—Sí; pero tú la llevas más derecha.

—¡Mujer, pues, si no, estaba fresco!

sulta pequeño de corazón comparado con el salteador de caminos. Ningún otro bandolero pone á contribución su valor personal en la especialidad del robo que cultiva como el que sale á carretera á encararse el trabuco frente á una diligencia.

Y, respetando la autorizada opinión de hombre tan práctico como Noel, no queda otro remedio que proclamar que de cuantas «Sierras Morenas» hay en España, la más noble, la más típica, la más «digna» es la auténtica Sierra Morena que sirvió de teatro á las hazañas de los prototipos del bandolerismo andaluz.

✻

Entre los bandoleros de escala más reducida—bien entendido que no aludimos á la escala de mano— vale la pena de citar á los editores de periódicos de «varietés», de esas hojuelas de papel «couché», en las que de ordinario hacen un papel «couchón» sus «escribidores».

Semanalmente, suelen aparecer esas hojuelas, lo que equivale á decir que la estafa—estafa es más castellano y casi tan inmoral como «chantaje»—se perpetra una vez á la semana: «una vez» que dura toda la semana, y se prolonga á la siguiente y, después, á la otra...

En esos periódicos, que, con razón, se denominan «profesionales»—profesionales del engaño—, se publican «bombos» y retratos de las artistas que dan dinero, y no se publican retratos, aunque sí «bombos al revés», de las que se resisten á soltar el vil metal que gana Dios sabe á costa de cuántos esfuerzos...

En esos «semanarios» se recomienda como muy buenas á las artistas suscriptoras; se llama la atención de las Empresas para que las contraten, y as Empresas, por un exceso de miedo á ser á su vez «zarandeadas», contratan á esas artistas. Y á las demás, que las parta un rayo.

Prospera esta clase de estafa porque en un noventa por ciento de los casos los «periodiqueros» se las han con mujeres; mujeres que, á lo mejor, tienen «muchos» hombres, que es como no tener «ninguno», y, á lo peor, tienen uno solo que no le gusta comprometerse.

Claro está que no habiendo oficio sin quiebra, la tiene también, siquiera

sea poco frecuente, el oficio de hacer periódicos de ese género (de «varietés»). Sí; porque, de vez en cuando, se

DESIGUALDADES



—¿Qué te decía «Poli» ayer?

—Nada. Que tengo una novia insignificante: que me la podía meter en el bolsillo...

—Pues él, á la suya, ni en el bolsillo ni en ninguna parte.

tropieza con un individuo del género de «varietés» y, á la par, del genero masculino, y se encuentra uno con que los «palos» que se dieron injustamente al artista se los devuelven á uno, no en letras de molde, sino contantes y sonantes...

¡Palabra, que se dan casos!



Y bien: un nuevo «reptil» de «varietés» acaba de ponerse á la «compra»,

UNA OPINIÓN



—¿Todavía se baña usted? Ahora no tendrá mateo muchas compañeras.

—No; pero cuanto más ancha, mejor.

—Pues yo opino todo al contrario.

que no á la «venta». Ya quedamos en que las artistas compran el bombo, que no se llama tal «bombo», sino «reclamo artístico».

Se intitula el aludido sacaperras «Bar-Concert», ó una cosa así, título muy en carácter, porque la gente del hampa gusta de reunirse en chamizos y tabernas fantasmagóricas tituladas á tenor del «nombre» de ese semanario.

El tal «Concert» sigue las huellas artísticas de sus coetáneos en lo de adjudicar bombos y palos á medida de las exigencias administrativas y del

comportamiento de las artistas en la «Caja» del libelo.

Pero da una nota nueva en la «profesión»: da el «do» sobreagudo en el pentagrama del cinismo.

Es decir, que mientras recomienda á las artistas por un tanto alzado y las hace ir—por otro tanto, también alzado—á la academia (!!) del director del papelucho, lamenta y critica que los periodistas de verdad, que no cobramos ningún tanto, prodiguemos de Pascuas á Ramos un elogio á una artista que lo merezca, ó que nos dé la gana adjudicárselo porque es la artista amiga nuestra, y siempre sin cobrarle nada por ello.

A Fulano—dice, renriendose á mí, el «Concert»—se le va á acabar el archivo de los elogios para Fulana.

Y, en efecto, se me va á acabar, del mismo modo que se les ha acabado á ellos la moralidad y el decoro.

He aquí un ejemplo de la Sierra Morena de las «varietés».

¿No le parece al maestro Noel que la otra Sierra Morena levanta las crestas de sus picachos quince ó veinte codos sobre esta otra Sierra Morena?... ¿No es más digno asaltar, trabuco en mano, á los viandantes?

CÉSAR JALON.



NO ES PARA TANTO!

Os he visto una plierna toda entera cuando al paso de Dios Crucificado o habéis venturosa arrodillado por delante de mí sobre la acera.

Y á fe mía que no ha de haber ninguna que nos pueda mostrar otra más bella, porque la vuestra—picara!—descuella por redonda, por mázca, por tuna.

Orgullosa debéis estar, y veo por el contrario, que me hacéis el feo de indisponeros con mí fino encanto.

Yo lo dudo que sois muy recatada; pero os advierto, Doña Deseada, que en aquesta ocasión no es para tanto!

ANGEL G. LUGEA.

JUICIO DE FALTAS

ABRÍOSE la puerta, y el guardia, flaco y desgarrado como un polizonte de sainete, pronunció con voz clara y potente un nombre y dos apellidos.

Entre aquella gente desgreñada y astrosa—verduleras, rameras, chulos y hampones—que aguardaba sentada silenciosamente en los bancos de la antesala, irguióse entonces una mu- chaeta morena, alta, de apretadas y sinuc- sas carnes. Cifñóse el negro mantón con des- embarazado movimien- to, rectificó en lindo ademán algunos rebeldes rizos que resba- laban sobre las blan- cas sienes, y, con la frente alta, llegó has- ta la habitación donde el juez cumplía la sa- grada misión de escu- char escándalos é im- poner multas.

El alegre taconear y la tosecilla nerviosa de la moza hizo levantar la vista de encima de los garrapateados pa- peles al representante de la Ley. Cejijunto y agrio, pensó al punto descargar sobre el pu- pitre los dos acostum- brados puñetazos y reprender el desenfado de la recién llega- da con violentas fras- ses. Pero el donaire y la hermosura de la jo- ven trocó con rapidez

la gravedad en simpatía; tras su ga- fas redondas brilló una llamarada de deseo, y tuvo que hacer supremos es- fuerzos para que no asomara á los la- bios un gentil piropo.

Se arrellenó en la butaca y limpió las gafas, echándolas el vaho y frotán- dolas luego con el pico del pañuelo.

—Acérquese, acérquese—exclamó con siseo andaluz.

Avanzó unos pasos la moza, y co- menzó el interrogatorio.

—Cuénteme usted lo que ha pasado; diga cuál fué el motivo de que usted

arañara á su vecina; porque esas uñas tan...

Se contuvo de nuevo.

—Perdone usía; pero ella tuvo la culpa.

—Claro, usted... De manera que...

—Me insultó, y me dijo que le besa- se en el...

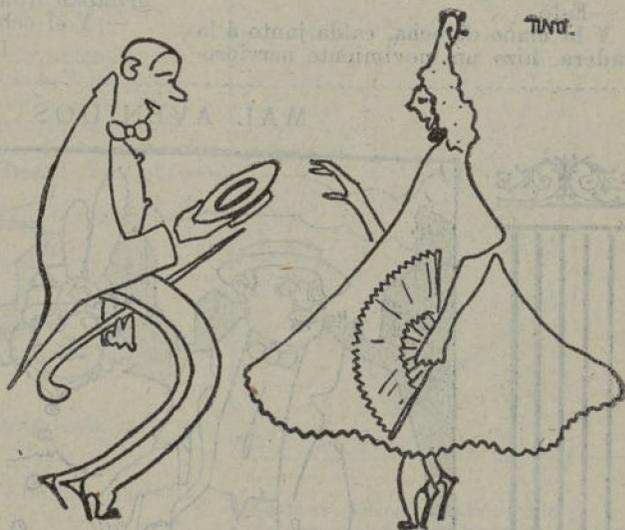
—¿En dónde?

—En... en el ocho. Por eso la pegué.

—¿En el ocho? ¿Qué es el ocho?

Bajó la vista, y disimuló el azora- miento en travieso jugueteo con los fie-

ENTRE BASTIDORES



—En el «bombo» de mañana me pone usted «honrada», por- que lo de «bella» y «aplaudida» está ya muy gastado.

—¿Muy gastado? Pues del otro adjetivo no queda un cuarto...

cos del pañolón negro. Los abultados senos temblaban bajo la blusa sedosa color de cielo; los zapatos relucían en el revuelo de la falda.

Recreando la vista en la viva esta- tua el viejo fauno se aupó en la ba- lanza simbólica para complacerse en la escabrosa charla.

—Diga, hijita, diga: ¿qué es el ocho? A la Justicia nada debe ocul- tarse.

—¿El ocho?—balbuceó la interpela- da con tímido acento.—Es que como todas las mujeres tenemos ocho ojos...

¿sabe?, me dijo que le besase el ocho.
—¡Ocho ojos ha dicho! ¡Ocho! ¡Caramba, es curioso! A ver, cuéntelos usted.

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete y...

Fué señalando las pupilas, los oídos, la nariz y la boca, y después detuvo indecisa el índice y tornó á arrebatarse.

—¡Y el otro? y ¡Y el ocho?

—Señor juez...

—Hay que decirlo; es á la Justicia.

—Señor juez, me da vergüenza.

—Hijita, dígalo; es lo más natural; es necesario para fallar.

—Este...

Y la mano derecha, caída junto á la cadera, hizo un movimiento nervioso.

Saboreó el juez la intención; hizola otras complicadas preguntas, y, al fin, cuchicheó con un hombrecillo jovial que se sentaba al lado. Este mojó la pluma en el tintero varias veces; emborrónó con finas líneas unos papeles, y habló cachazadamente, citando artículos del Código.

—Queda condenada á quince pesetas de multa—oyó la muchacha que la decían.

—¡Quince pesetas!—exclamó asombrada.

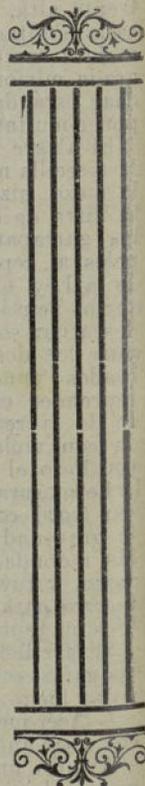
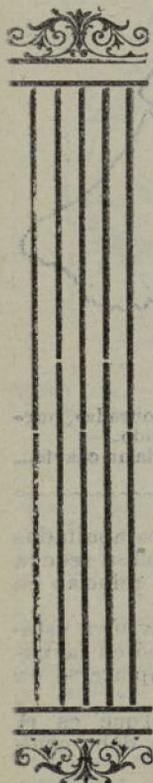
—Según el artículo tantos...

Mohina, se dirigió á la puerta, y al volver el rostro para cerrar, oyó que la gritaban irónicamente:

—¡Y el ocho para costas!

LUIS E. DE ALDECOA.

MAL AVENIDOS



—¡Ya estamos firteando!

—Mujer, miro solamente por curiosidad. Ya sabes que yo tengo contigo bastante...

—Y de sobra.

LITERATURA MODERNISTA

SALGO de casa. Son las ocho y media. Hace una noche hermosa. Y una temperatura agradable. Circulan, bellas, las mujeres. Y muy atontolinados, los hombres.

Veo dos bultos. Es una pareja. Pero no del Orden. Una pareja amorosa.

—¡Me quieres?—pregunta ella.

—¡Con toda mi alma—contesta él.

—¡Embustero!—exclama ella.

—¡Como quieras!—dice él.

Sigo mi camino. Oigo un timbre. Es un «cine». Tomo una butaca. Y entro.

—¡Bombones y caramelos! ¡Quieren agua? ¡La rica avellana «tostá» y acaramelada!

Estos pregones oigo. Se extingue la luz. Y actúan las películas. Y los parcheadores. Uno se confunde. Y me tropieza indiscreto. Le advierto su error. Y seguimos peliculeando. Se oyen ruidos. Y ruidos sospechosos. Y algún beso estalla.

A mi izquierda hay una dama. Esta se vuelve.

—¡Cochino!—exclama.

—Señora, yo...

—¡Sí! ¡Usted!

—Está usted equivocada.

¡Paf! Suena una bofetada. Y se hace la luz.

—¡Ha terminado!

Abandono el local. Y salgo a la calle. Reniego del «cine». Es decir, del «cine», no. Pero sí de las tinieblas.

—¡«La Corres», «Tribuna», «Heraldo»!

¡Maldita oscuridad!

—¡Con la revista de toros!

Llego a mi casa. Me abre mi patrona. Y me dice sorprendida:

—¡Qué le pasa a usted?

—¡A mí? ¡Nada!

—Pues ¡y eso?

—Una torta cariñosa.

—¡Quién?

—Un partidario de Belmonte.

ANTONIO PEREZ MICHELENA.

CANTARES BATURROS

«Pa» la «misma» cosa sirven el corsé y el vino añejo: que si el corsé hace «güen» talle, el vinico hace «güen» cuerpo.



LA MODA



—No sé si es usted casada ó soltera.

—No me extraña, caballero: precisamente me he puesto esta capa para disimular mi estado.

«Pa endulzanos» esta vida, Dios á la mujer ha hecho... (Pues... Señor, perdón si digo que no eres «güen» confitero.)



De mañana, tempranico, trina en el campo la alondra, y trina el pobre marido en su casa á cualquier hora.



Algunas mujeres son lo mismo que los colchones: cuantos más golpes les dan, más «güequécicas» se ponen...

LUIS SANZ FERRER.

Prudencio Iglesias Hermida, dibujante

Ustedes conocían á Iglesias en varios aspectos de su energía, pero le desconocían ustedes como dibujante.

Prudencio es uno de los primeros dibujantes de Europa, como demuestra en este número.



Castelar.

Iglesias es uno de los artistas más fuertes que se conocen: su técnica vigorosa y varonil lo prueba; pero si alguien dudara de su fortaleza y empuje, le diremos

que cuando aprendía á dibujar en el casón, ese palacete donde, según Perico (Perico es Répide), holgaban las princesas de la Casa de Borbón y se tiraba al suelo, de risa, Felipe V cuando hacia alguna barbaridad, en ese casón que, tras de picadero, fué gimnasio regio, más tarde sirvió de estamento de próceres, y, años después, se convirtió en Museo de Reproducciones, en ese casón, repetimos, don Prudencio descabezó la mayoría de las estatuas allí existentes; y una tarde, andando de espaldas, tropezó con la Victoria de Samotracia, y la tiró al suelo, dejándola en el mismo estado en que hoy se encuentra.

Días después, se quiso proparar con la Venus de Milo, y la desgraciada diosa perdió los dos brazos en la contienda.

El fué quien sacó de los goznes la puerta del Baptisterio de Florencia y la puso en un rincón porque ya no abría ni cerraba, y él, quien, otra tarde, se acercó al Moisés, de Miguel Angel, y dijo: «¡E pur si muove!», y ¡vaya si lo movió!

En vista de tanto desaguisado, el director del Museo lo echó con mucha finura, llamándole ¡charrán!

Y, entonces, comenzaron los viajes de Iglesias Hermida.

En Londres y Berlín, Iglesias ha ganado sumas fabulosas, que luego se fué bebiendo poco á poco y mano á mano en las taber-

nas berlinesas con el distinguido y consecuente Kaiser alemán.

Obra maestra de don Prudencio es una pintura en sepia que se conserva en un «watercloset» de Picadilly Circus, en Londres, que revela su enorme cultura artística é histórica. El cuadro, sólo abocetado, representa las «Mujeres romanas luchando contra los Partos». ¡Colossal!

Todo ese arte ligero de que hace gala Ricardo Marín, en España; Sem, Kant y Jafet, en Francia y Abisinia; Muñoz Degrain, en la Zululandia, y Maura, en Baleares, todo está aprendido en los pinceles de Iglesias Hermida. Lo demás, son pastillas de café con leche.

Sorolla, hablando un día del divino Prudencio, exclamó: «¡Es el amo: sabe más que yo; dibuja sin mirar y durmiendo; su paleta tiene el sol de un día de Agosto en la Cibeles!»

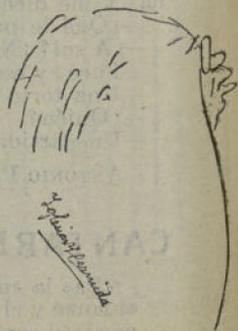


Rogelio el Grande.

Romero de Torres, Chicharro, Mezquita, Villegas, el malo, y Villegas, el peor; Riego, el caballero del sombrero de paja; Garuelo, el abominable Pla que es el Gorgonio Martínez Sierra del arte pictórico; Pradilla y los Zubianre, esos chicos que parece que pintan de oído, jamás llegarán á la altura de Prudencio Iglesias Hermida.

La paleta de don Prudencio, en la que han entrado unos ocho mil reales de madera de entarimar, es tan rica y valiente de color, que parece el traje de ceremonia de una infanta de España; tan cálida como un brasero y jugosa cual la rica brecolera.

Iglesias Hermida no tiene estudio, porque por grande que éste sea se asfixia. Pinta en el Desierto de Sahara, con todos los balcones abiertos y en mangas de ca-



Cánovas.

e- Prudencio Iglesias Hermida, crítico.

...nisa, y dibuja en el Salón del Prado, sentado sobre el primer Cánovas Cervantes que se encuentra.

Pródigo como un nabat y muchísimo más generoso que Muley Hafid, que regala relojes de oralina, Prudencio paga con inusitada esplendidez á los modelos. Eso sí, á veces no les paga, pero les pega con un bastón que le ha regalado Gómez Carrillo, y que un famoso torero, hablando de él—del bastón—delante de unas señoras, bautizó con el gráfico nombre de «el pijo».

El arte de Iglesias es un arte «sui generis», que no se parece á ningún otro. Para él, no existen las reglas, esos fenómenos que trastornan y afeminan; dibuja riéndose de la perspectiva; se cisca en el colorido



Sagasta.



El Recatero.

...cuando se apodera de la paleta, y afirma que hasta llegar á él no ha habido en Europa un artista digno de renombre universal.

Cuando, delante de Prudencio, habla alguien de los pintores clásicos, se pone hecho un energúmeno; y un día que Hidalgo de

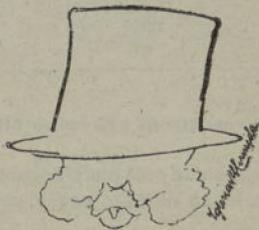


El Dientes.

Cavedes sostuvo en su presencia que Rubens era un gran pintor, se quitó el topacio que, engarzado en oro, lleva en el índice de la mano derecha, y se lo tiró á la cabeza.

La piedra, rebotando de peldaño en peldaño, estuvo á punto de hacer harina esa estatua fan mala con que asusta Llaneces á los que por primera vez visitan el Museo del Prado.

¡Fué una lástima que errara los dos golpes, porque si Cavedes es una calamidad, en España nos sobran cabezas de Goya!



Duque de Sexto.

Por todo esto, por la salvaje independencia artística de Prudencio, por su genio, por su clara visión estética, hemos resuelto que Iglesias Hermida sea el crítico de Arte de LA HOJA DE PARRA.

Sus latigazos serán, no cabe duda, un estímulo para los que caminan reacios, una sanción para quienes profanan el Arte, y un regocijo para el público, nuestro dueño y señor, que goza como un animal cuando le

«zumban la pandereta» á uno de esos señores que, por ser académicos, tener grandes cruces ó haber apanado una medalla de honor en Exposiciones «ful», se creen semidioses.

SALOMÓN FERNÁNDEZ REINACH.

ECOS SONOROS

Pasastes por mi lado como una reina de los países de la luna.
Más blanco que los ojos de la nieve era tu traje blanco. Tu sonrisa era el prodigio singular de aquella que coronó de luz á Monna Lissa.

✠

Te he vuelto á ver, y siempre bella!
Y al pasar por mi lado cenio una clara y fugitiva estrella,
ni siquiera tus ojos me han mirado!

✠

Dolor de los dolores
este dolor que en mis entrañas brota.
¡Por qué buscando amores
paso la vida con el alma rota
y de las asperezas del sendero
no hay una mano generosa y blanca
que, al pronunciar los labios un ¡te quiero!,
me aparte, y por seguro derrotero
siempre me guíe hospitalaria y franca.

Tu mano puede ser. Tu, que has pasado
como una reina activa por mi lado,
y con la gracia

de tu sutil y fina aristocracia
á tu poder, sumis esclavizado
me tienes para siempre enamorado,
cama tu mano blanca, perfumada,
que eterna compañera,
mitigando el dolor de la jornada,
serás para el que, loco, te venera.

¿Será un sueño mi amor?... Dime, Dios mío,
si esa mujer me tiene á tu albedrío.

¿por qué para mi amor ella no es mía...?

Y si amor sólo vive para el fuerte,

¿por qué si es grande en su poder la muerte
en ella nadie para amar confía...?

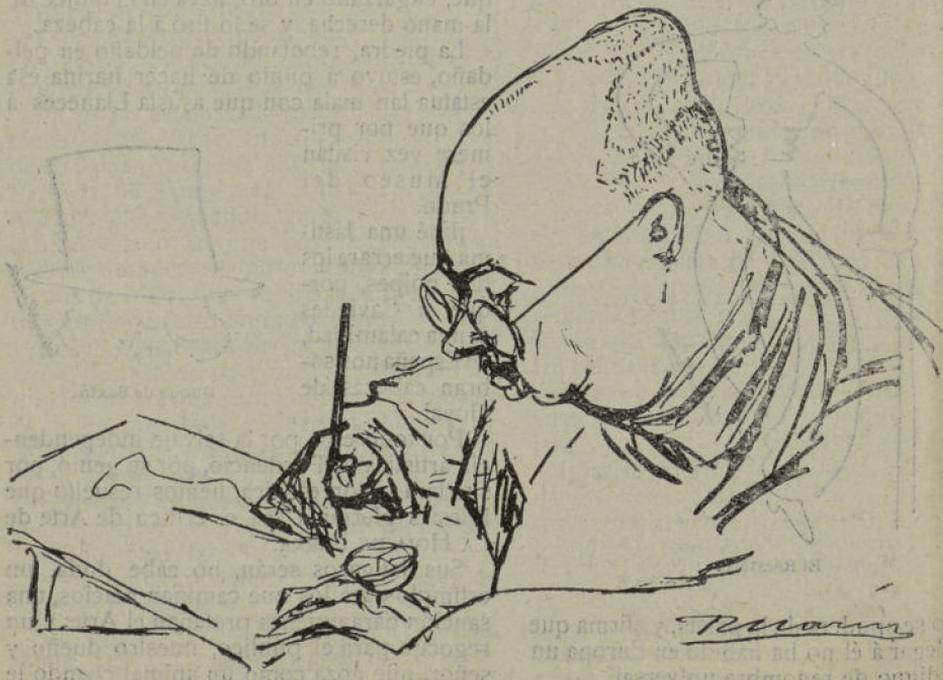
¡Mujer...! Mi corazón, herido, te desea.

Ven hacia mí... Tu amor te hermana
que un lenitivo á mi amor sea.

¡Sé la Samaritana,

ya que soy un Jesús de Galilea...!

A. RODRÍGUEZ DE LEÓN.



PRUDENCIO IGLESIAS HERMIDA

Biblioteca Regional de Madrid

EN LOS NUDILLOS

BUENAS COSTUMBRES

Aquí hay un suceso.

En la «Brasserie» del Hotel Palace faltan todas las noches unas cuantas cucharillas de los servicios del café.

Los encargados del mostrador están preocupados con estas desapariciones de cucharillas.

Han pensado en llamar á Caralt, «detective»; pero pensaron después, cuerdamente, que el cómico catalán era más camarero que «detective», y que no hay plazas vacantes de mozo de café.

También pensaron llamar á Manuel Aniesa Pelayo, «el «detective» de las diez pesetas»; pero había otra seria dificultad. La de que en la «Brasserie» trabajan cupletistas, y ¡ay de ellas si cantan «couplets» de Aniesa!

Y á estas horas, el autor de las sustracciones no ha sido habido.

Por mi parte, he de decir una sola cosa:

El director artístico de los espectáculos de la «Brasserie» es Juan Rana, el famoso.

«La conquista».

En el teatro del Vodevil—teatro de nuestra devoción—se va á estrenar «La conquista», de Gabiondo y Endérez.

¡Bah! ¡«La conquista», de Gabiondo y Endérez, ya la conocemos todos los que hemos vivido en Barcelona!

El dinero, á espuestas.

Cristóbal de Castro y Luis de Oteyza se han unido en «menage» literario para fabricar obras teatrales.

Ya están haciendo «Ricardo III» (Bombita) y «La vida de don Dalmacio Iglesias» para Dato.

Ese es el camino.

El diputado verde.

Delgado Barreto, hombre moral, diputado maurista, director de «El Mentidero» y futuro director del diario católico «La Razón», anda á la greña por la propiedad de un semanario del chiste alegre y la pantorrilla libre.

¿Usted, señor Barreto, propietario de un semanario pecaminoso?



—¿Es tu novio aquel que va con las de Pérez?

—No lo sé; porque como sólo hablamos por la noche, lo que menos conozco de mi novio es la cara...

No lo podemos creer; no lo creemos; no lo creeremos jamás...

Esto debe ser una broma de sus enemigos.

Y el juez que entiende en la causa seguramente que tampoco le creará á usted capaz de editar una publicación semejanje, y, ¡es claro!, fallará en contra.

Y tendrá razón.

BONIFACIO.

LAS CELOSÍAS

HAY un suburbio en nuestra graciosa ciudad, todo hermético, pensativo y doliente como un príncipe enamorado. Es oscuro, laberíntico, torturante, como el alma semita que divagó por sus angostas callejuelas durante varios siglos. Su cristiano nombre, cabalgando sobre el Clavileño de la fábula, llegó hasta nosotros envuelto en el polvo de oro de la leyenda al son cadencioso de un viejo romance. Es el barrio judío de Santa Cruz, y todos los que vinieron a nuestra ciudad fueron a verle. Mi amigo y

ráfagas aromosas de los altos miradores floridos. Es todo quietud, paz. La claridad diurna vase desvaneciendo. En la faja de indigo que recortan los aleros de las casas, florece una estrella, y todas las cosas aparecen a nuestros ojos más dulces y amables en esta penumbra de ensueño. Unas palomas ponen sobre el azul la nota blanca y aligera de sus plumones esponjados y de sus alas abiertas en un suave desvanecimiento...

Seguimos caminando por las dolientes calles, ante las rejas solitarias que el corazón celoso de los árabes cubrió de espesas celosías. ¡Oh, las celosías!... Ya su nombre enuncia lo que son. El

LAS ÚLTIMAS BASTISTAS



—¿Lo ves? Ha llegado el Otoño, y todas han sacado pieza menos nosotras.

—Porque á nosotras, ó al menos á mí, no me corre prisa eso, sino todo lo contrario.

yo vamos hoy, al atardecer. En el silencio de sus calles angostas, bajo la casta serenidad del crepúsculo, los ojos escrutadores se hunden en el verde misterio de las celosías, que surgen tras los finos hierros de las rejas. Ante las blancas casas nos detenemos, y contemplamos á través del encaje de plata de las cancelas los patios llenos de sombra y de silencio, son sus palmeras y sus latánias, que se yerguen voluptuosas sobre el reposo de mármol de la immaculada solería. Ambulamos al azar por las callejuelas silentes, aspirando la brisa de la tarde, que trae

el espíritu moderno se extraña y sonríe de ellas, y, más que de ellas, de lo que significan; pero el que conozca el alma de la vieja Beturia, del sonoro país de «Al-Andalús», ebrio de sol y enamorado de la Luna, las hallará justificadas: que en el corazón de los ojos de la Bética floreció siempre como una hermana de la noche la negra rosa de los celos.

Hoy, al pasar nosotros por esta calle silenciosa, contemplamos unas celosías con curiosidad, y otras con indiferencia. ¡Quién sabe si tras una de estas últimas, en su hondo misterio, duerme la felicidad que nosotros por todas partes buscamos! ¡Oh, las celosías!... ¡Qué hay en ellas que atrae nuestras miradas? En ellas está el misterio; ellas son lo que se ignora, lo que se desconoce, lo que el hombre ama sobre todas las cosas. Ellas tienen el encanto de lo incógnito,

la dulce delicia de lo incógnito que se esfuma en la calle y en los campos,

como ha dicho un joven y gran poeta bético. Para los espíritus vulgares, son antipáticas, porque ocultan los ojos

de la carne la morena belleza de estas mujeres de negros ojos melancólicos, que se consumen de deseo en la molición y en la soledad de sus camarines; pero para los soñadores, para los viajeros, para los que pasan por primera y última vez ante ellas, tienen el encanto de lo misterioso, de lo desconocido, de lo que se quiere y no se quiere conocer, porque ya se sabe que cada conocimiento es un desengaño.

Y yo amo las celosias porque son el ensueño, la ilusión; porque encienden en el espíritu la llama imaginativa; porque ponen sobre la vulgaridad de las cosas, del vacío y de la nada el encanto inefable de lo ignoto, de lo que ansiamos y tememos conocer.

SALVADOR VALVERDE.

Chascarrillos y epigramas

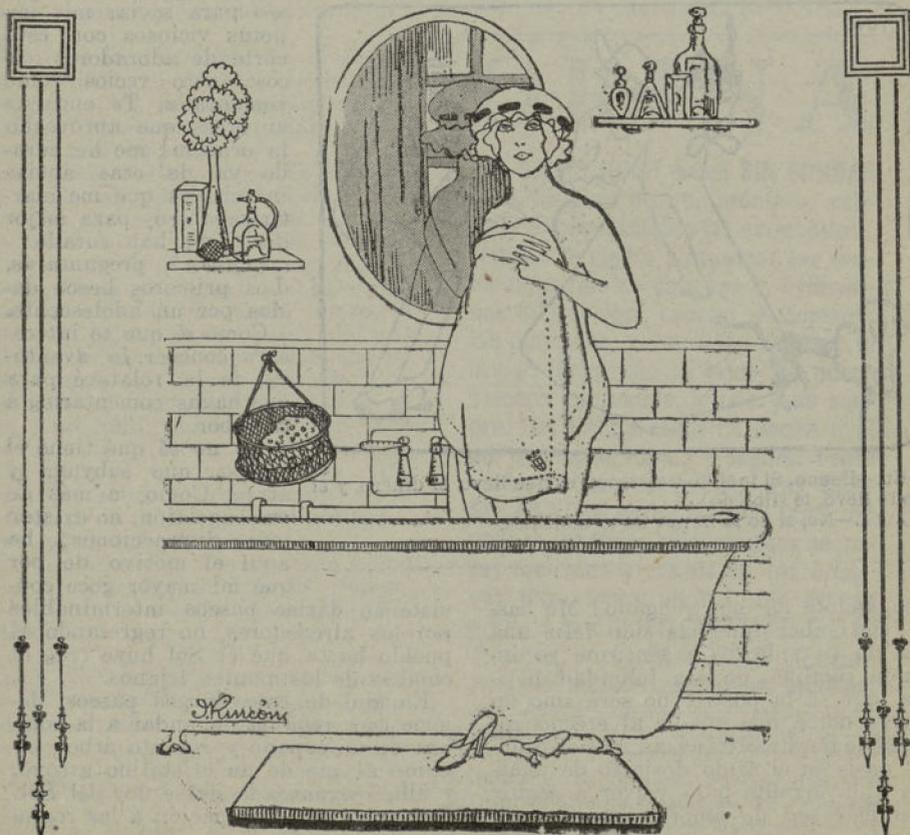
Contando los que estuvieron de merienda, Blas García nombraba lo que comieron, y de este modo decía:

—Comió almejas don Pascual;
don Inocente, cabrito;
un conejo al natural,
Filomena y don Pepito.

El señor Roque, quisquillas;
Juana y Luz, tortilla al ron;
mi esposa, unas criadillas
con mi primo, y yo, capón.

LUIS ESTESO.

PUDOR...



— ¿Quién será? ¡Pensar que si fuese Paco se me caería el paño de vergüenza!

DEL VIVIR MUNDANO

(CARTAS DE UNA CORTESANA)

Querida Julia:

Recibí tu esquila; esa esquila rebosante de alegría donde me relatas tu aventura definitiva con el Marquésito, tu más sañudo detractor ayer, y, hoy, el más rendido amante de cuantos han besado y besarán tus labios venusinos. Que no te tenga envidia—me dices en la tuya—si, más afortunada que yo, lograste vencer tu repulsión y enredarlo para siempre en tus brazos de sirena... ¿Cómo Le de ofenderme si, como tú misma afirmas.

¡SIEMPRE LAS MISMAS!



EL.—Bueno. Si te silbo tres veces, es que llevo el dinero, y si no lo llevo, te silbo dos...

ELLA.—No; si no lo llevas, no te molestas.

vengándote me has vengado? Me basta con saber que has sido feliz una vez en tu vida para sentirme yo influida también de esa felicidad ficticia que, á la postre, no será sino un nuevo dolor que añadir al eterno rosario de nuestras tristezas. Eso es como un oasis en el árido desierto de nuestra vida errante para volver á seguir con más sed de amores este camino nuestro, que acaba en la mesa de un hospital ó en el atrio de una ige-

sia... Pero... observo que me siento filósofa inconscientemente, apartándome del objeto de esta. Perdóname, y no te preocupes; sigue gozando el aroma de la juventud, que es una extra de cambio á treinta días vista, y no hagas caso de mis disertaciones de neurasténica.

Yo, aquí, en este modesto retiro, todo quietud y bienaventuranza, soy completamente feliz. El aire del campo y el alejamiento de esas noches de orgía desenfrenada, donde nuestro mejor aliado, que es la belleza, es el que más sufre, han operado una completa transformación en mí. A creer á los mozos del lugar, que me contemplan devorándome con la vista, estoy más hermosa que cuando vine.

Sonreirás irónicamente y soborearás «in mente» con picardía la ocasión magnífica que poseo para saciar mis ímpetus viciosos con esta corte de adoradores oscos, pero recios como sementales. Te engañas si crees que aprovecho la ocasión; me he curado ya de esas ansias insaciables que me martirizaban, ó, para mejor decir, me han curado.

¿Quién?, preguntarás. Los primeros besos dados por un adolescente.

Como sé que te interesará conocer la aventura, te la relataré para que hagas comentarios á tu sabor.

Yo no sé qué tiene el campo, que subyuga y atrae. Como, a más de esa sugestión, no existen más distracciones, he aquí el motivo de por qué mi mayor goce consiste en darme paseos interminables por los alrededores, no regresando al pueblo hasta que el Sol huye tras la cumbre de los montes lejanos.

En uno de estos largos paseos, dejéme caer rendida de andar á la sombra de un copudo y robusto árbol, erigido al pie de un cristalino arroyo, y allí, resguardada del ardor del Sol, dejé volar mi imaginación á las regiones del ensueño.

A poco, un ruido de esquilas me

volvió á la realidad: era un rebaño de blancas ovejas, conducidas por un joven pastor de ojos azules y aspecto corpulento, que, al pasar por mi lado, saboreaba con fruición el contenido de una calabaza.

Instintivamente, sentime acometida de sed, y, sin reparar en nada, le supe que me diese un poco de agua.

El miróme fijamente, y, sin replicar, separó la calabaza de sus labios y me la entregó.

¡Con qué deleite saboreé su contenido! Después de apurar hasta la última gota, se la devolví acompañada de unas cuantas monedas, que rechazó con orgullo, diciendo:

—No, señora; esto está barato, y no cuesta na.

La visión de aquel mozo garrido me turbaba sin saber por qué; jamás hombre alguno habíame producido la impresión que aquel me producía. Sin darme cuenta, le mandé sentar junto á mí.

El no se hizo el tardo en obedecer. Dió un silbido al ganado, que se paró triscando por las inmediaciones, y obedeció mi mandato con naturalidad y sin encrespamientos.

Hablamos largo rato. Yo jugaba con sus largos é hirsutos cabellos, acariciando su frente, sin que el mozo protestase ni saliese de su natural tranquilo. A mí, aquello me encorajinaba hasta el paroxismo. ¿De qué pasta estaría hecho aquel mozo, a quien no alteraba el mirar de mis ojos ni mis naturales encantos, que yo dejaba entrever para excitarle? Le pregunté si tenía novia. «¡Qué es eso!», preguntó, mirándome con unos ojos enormes... No pude resistir más el deseo que me atormentaba: me abalancé sobre él con locura, y le besé en la boca con ímpetu salvaje... Creo que le hice sangre.

El ni protestó. Dejóse caer como adormecido sobre el blando césped, mientras yo seguía besando, besando...

.....
Aquí corto el final por innecesario: puedes figurártelo. Desde aquel día, todas las tardes y en el mismo sitio nos vemos mi pastor y yo, comulgando en el altar del amor bajo el beso sagrado del Sol, único y mudo testigo nuestro.

Soy feliz, Julia. También para mí

el rosal del amor tiene flores. Recibe un abrazo de tu mejor amiga,—Aurora.

FIDEL PRADO.

EMERES

¿Quién eres tú, sensacional Emeres?
¿En que país remoto viste el mundo?
Todo en ti es perfección, todo fecundo.
Eres distinta á las demás mujeres.

Es Julio abrasador. Tus labios sabios son frescos y sabrosos; me dan frío; busco por eso ansioso, de tus labios el consuelo sublime del estic...

Es Enero nevado. De tu boca sale un calor sedante de verano. Deja á mi boca, que la tuya toca, gozar de ese calor que es más que humano.

¡Oh extraña criatura! Todo es raro en tu ser. Pareces la divina aparición que todo lo ilumina y de la que nunca, nunca me separo.

EZEQUIEL ENDERIZ

ORINA

Las SALES KOCH curan SIN SONDAR NI OPERAR la uretra, próstata, vejiga y riñones. Dilatan las estrecheces, rompen la piedra y expulsan las arenillas, curan los catarros é irritaciones de la vejiga; calman al momento las punzadas y horribles dolores al orinar, limpiando la orina de posos blancos purulentos, rojizos y de sangre. Las SALES KOCH no tienen rival por su acción rápida y segura. Venta en las boticas del mundo. Las CÁPSULAS KOCH cortan en DOS DÍAS, sin peligro, los flujos blenorragicos secretos recientes y modifican los crónicos. Para lograr un éxito fijo pidase gratis á la CLÍNICA MATEOS, Arenal, 1, de MADRID (España), el método explicativo infalible.

Viuda de José Lerín

encargada de la venta de LA HOJA DE PARRA en Madrid (Abada, 22, tienda).

Establecimiento tipográfico de «El Liberal».

LAS GRANDES OBRAS ERÓTICAS

COLECCION UNICA, A UNA PESETA EL TOMO

Las mejores y más atrevidas historias galantes de la antigüedad, recopiladas de los documentos originales, por Diego Quijano.

Las grandes orgías del sensualismo, estudio histórico, por Jean Pourget.

Cómo caen las mujeres, episodios de la vida real recopilados por J. Lozano Cibeira.

Cada tomo con artística cubierta á todo color. Pídase en todas las librerías y kioscos, y á la editorial Dep, Córcega, 299, Barcelona, que las remite franco de porte, contra envío de su valor en sellos ó giro postal.

Misterios y secretos del lecho conyugal

(Sólo para hombres y casados.)—Dos tomos con grabados.

Tortilla al ron Un tomo de 255 páginas.

Se envían á provincias, certificados, los tres tomos por cinco pesetas en giro postal, mutuo ó sellos de Correos. Al Extranjero y América se mandan por cinco francos ó un dollar.—Los pedidos, con su importe, diríjense *únicamente á Antonio Ros, librero, Jacometrezo, 80, 4.º derecha, Madrid* (Casa fundada en 1896).—*Biblioteca privada*.—Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 pesetas.—Exportación de revistas, periódicos y libros á España y Extranjero.

CUATRO LIBROS INTERESANTES

Fruta prohibida. • Los quince goces del matrimonio.

Misterios y secretos del lecho conyugal (dos tomos con grabados).

Se envían á provincias, certificados, los cuatro tomos por cinco pesetas en giro postal, mutuo ó sellos de Correos. Al Extranjero y América se mandan por cinco francos ó un dollar. Los pedidos con su importe, diríjense *únicamente á Antonio Ros, librero, Jacometrezo, 80, 4.º derecha, Madrid* (casa fundada en 1896).—*Biblioteca privada*.—Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 ptas.—*Exportación, por mayor, de revistas ilustradas y periódicos á los señores libreros y corresponsales de España y América.*

LA INGLESA

PRIMERA CASA EN GOMAS
HIGIÉNICAS

MONTERA, 35 (pasaje)
y VICTORIA, 3, Ortopedia.

(Catálogo gratis enviando sello.)

ESTABLECIMIENTO

TIPOGRÁFICO DE "EL LIBERAL,"

Impresiones de todas clases. — Cartelería. — Comedias. — Revistas ilustradas. — Cartas. — Folletos. —
:: Memorias, etc., etc. ::

Marqués de Cubas, 7.-Madrid